



"Orquesta de señoritas", de Anouilh, en la versión de los Comediantes de San Telmo.

tuvo firme entre los más frecuentados de Madrid. Curiosamente, incluso irradió parte de su nueva personalidad al cercano Muñoz Seca, donde Antonio Olano y Juan Pardo nacionalizaban, con notable éxito económico, la fórmula del musical erótico angloamericano. En el Muñoz Seca, con cambios más bien escasos y superficiales, se estrenó incluso una "segunda versión" del espectáculo, queriendo quizá, aparte de prescindir de algunos de sus actores —"demasiado" activos en la huelga de solidaridad con Els Joglars—, tentar de nuevo a quienes habían sido espectadores de la primera. En el Príncipe, la operación no ha sido exactamente igual, pero sí parecida. Porque "Let my people come" ("Ven a disfrutar"), que ya vivió y conoció el éxito en muchos países como una secuela del "¡Oh, Calcutta!", intenta también aquí asociar su imagen a la de dicho musical.

Bien mirado, las reglas de "Let my people come" pretenden ser las mismas: identificación del amor con el sexo, de la belleza con el sexo, de la libertad con el sexo, de la vida con el sexo... Algo tan ingenuo y tan elemental, que da fe de las taras que la represión —y no nos referimos, claro, al franquismo, sino a un hecho cultural mucho más amplio y antiguo, del que aquél sólo fue uno de tantos cobijos—, ha creado en amplias capas sociales. El hecho no puede estar más claro: para quienes crean en el fondo de su corazón que las pa-

labras que nombran las partes y los actos sexuales están impregnados de pecado, para los obsesos y víctimas de la castidad, es probable que sea excitante y hasta liberador esto de oír proclamar que el cuerpo merece una religión, que debemos fornicar sin descanso para compensar la brevedad de la vida, que el orgasmo puede provocarse de distintos modos, que la homosexualidad no es ningún crimen, y, también, que crean que tan trascendentales afirmaciones no exigen más requisito teatral en quien las hace que estar desnudo, sin que importe que los cantantes desafinen o que el bailarín tenga la ingravidez de los peñascos. En definitiva, es una cuestión de mística, un modo de entender la "liberación del sexo" que sólo puede interesar a quienes están enfermizamente obsesionados por él. Pero que, sin duda, tiene muy poco que ver con una concepción gozosa y creadora del erotismo.

Si "¡Oh, Calcutta!" tuvo el interés sociológico de presentar en España al gran clásico del género, "Let my people come" tiene el bastante menor de elevarlo a fórmula, a estereotipo, con escaso ingenio y muchos puñados de sal gorda...

Años atrás, en Nueva York y en Londres, tras esta "ola porno", aparecieron una serie de comedias musicales desintoxicadoras y románticas, en las que el amor volvía a ser un sentimiento. ¿Aparecerán pronto en Madrid? ¿Repetiremos aquí, siquiera con retraso, ese

ciclo? A lo mejor las estrenan en el mismo Príncipe, porque es seguro que sus mentores deben estar cansados de tantísimo gustirrinín escénico.

"Ven a disfrutar" vale ya como un "test" que debe aclararnos, en pocas semanas, por dónde anda la mentalidad de nuestro público en ese proceso "desmitificador" que tantos años de terrorismo censor hacían inevitable. Y que ojalá se cumpla pronto entre nosotros.

Quizá —no estoy seguro— este tipo de teatro deba hacerse, pero como se hace en otros países: montado con más humor, más "de vuelta", y hecho por verdaderos artistas del género y ocupando un lugar que, la verdad, no parece que deba ser uno de los más nuevos y bonitos teatros de Madrid. "¡Oh, Calcutta!" debe ser un episodio y no la definición del Príncipe. ■ JOSE MONLEON.

ARTE

Era muy clara mi determinación de llenar el tiempo veraniego de esta sección con pequeñas crónicas de artistas descarriados, al margen de exposiciones, como las que ya hice de Rolando y de Nicolás Gless, ahora que las galerías de arte están cerradas durante todo el tiempo de la caticula. Estaba tan determinado a ello, que ya tenía preparadas algunas fotos de Martín Chirino y de Luis Caruncho para hacer algo parecido. Pero...

Pero ya conocéis lo consabido: el hombre propone y Dios dispone. Aparte de la locura veraniega, hay una locura más que se cruza con la otra: me estoy cambiando de domicilio, operación que, a quien tenga que trasladar como yo tantos miles de papeles y de libros, no se la deseo ni a mi peor enemigo. ¿Dónde están ahora los papeles de Chirino, de Caruncho y de Paco Hernández, que yo tenía preparados? Esos y otros millones de papeles, que yo tenía dispuestos, ahora han desaparecido, pero aparecerán cuando vayamos recuperando el orden. Por si acaso, para quien

lea esto, ya podéis tomar nota de mi nuevo domicilio: San Pedro, número 1, primero izquierda. Algún amigo, por aquello del nombre y del número, le llama a mi nueva dirección "el vaticanillo". Por cierto que la noche del día que el cónclave nombró Papa, en el Vaticano de verdad, fue la misma en que yo dormí en mi nuevo domicilio. Y mira por dónde, ahí debajo, en el bajo de la casa, hay un taller de pintor muy dedicado a la enseñanza, el de F. Soto Mesa. Pues ayer, al volver a casa, vi en las ventanas de ese estudio el anuncio de una exposición "naïf" —así decía— de Ru-



Rufino Cavia.

fino Cavia. ¿Una exposición en mi misma casa? Voy a ver eso, me dije. Quédense para otro día los otros artistas. Fui. Había algunos muchachos peleando con sus respectivos modelos. En un rincón pude ver dos cuadros de Soto Mesa, el maestro del taller, que estaban bien. Tenían una doble reminiscencia del surrealismo, por una parte, y de la "pintura metafísica" italiana, de otra. Pero de Soto Mesa ya se ve que va a haber que hablar en otra ocasión, pues bien lo merece, y además, según me dijo, pensaba hacer una pequeña exposición personal, en el mismo taller, para sus alumnos. Yo la veré también, pues la tendré muy cerca. Bueno, ¿y dónde está Cavia?, pregunté. Cavia no está. Está su obra, que es lo que importa. Cavia es un hombre ya mayor, de ochenta años, antiguo agente comer-

cial, que ahora pinta con todo entusiasmo.

Rufino Cavia.

En el estudio-taller de Soto Mesa, de San Pedro, 1. Madrid

Rufino Cavia es un "naïf", como dice el cartel anunciador de su exposición. Es un "naïf" como tienen que ser los "naïf", con su ingenuidad en el enfrentamiento de la realidad y de la pintura, con su sentido primordial de las lejanías, con su paisaje, con sus gallinitas, con todo. Y lo que es más importante, sin ninguna ficción de primitividad, ahora se encuentra uno con muchos primitivos voluntarios que luego lo son.

¿Dónde y cómo empezó a pintar Rufino Cavia? Me figuro al antiguo agente comercial pasando, en sus necesarios viajes de trabajo, ante los paisajes que la vida le fuese deparando, primero con indiferencia, luego con expectación..., hasta que se encontrase con un pintor. La incitación y el descubrimiento de Rufino Cavia como lo que ahora es, ha tenido que ser más una obra de la pintura que de la vida propiamente dicha. Porque lo que Cavia nos ofrece, a pesar de todo el primitivismo que le encontremos, es más un trasunto de la observación vital que de otra cosa. ¿La técnica? Cavia —y en eso sí que es un verdadero "naïf"— es el descubridor de su propia técnica. Ni grueso de color, ni anchura de pincelada. Cavia pinta lo que ve y lo rectifica con lo que sabe. Como los "naïf" auténticos, que se atienen a la visión, organizada por el conocimiento...

Está bien el taller de Soto Mesa. Es lo que tiene que ser un taller. Es un lugar de estudio, pero también una muestra del trabajo de uno que camina al lado de los que se están formando. Y está bien que el propio maestro ofrezca su trabajo, como piensa hacerlo próximamente, a la crítica de los que componen el taller. Yo espero aquí, muy cerca, para ver lo que nos ofrece ese joven maestro. Porque, sí, Soto Mesa es bastante joven. Y hay que esperar cosas de él. ■ JOSE M. MORENO GALVAN.

MUSICA

El verdor de Gwendal

Resulta gratificador confirmar que todavía hoy ciertos artistas tienen la capacidad de llegar al público sin pasar por los canales obligatorios. Este es el caso de Gwendal, que, a pesar del siglo impuesto por la indiferencia de su compañía discográfica, se han convertido en visitantes habituales de nuestro país y, especialmente, de las provincias del Norte. Gwendal llenan

como más que insuficiente. Primero, el hecho de que su música sea instrumental y predominantemente festiva les distancia de Alan Stivell, Glenmor, Gilles Servat y otros representantes de la canción nacionalista bretona. Segundo, aunque interpreten piezas folklóricas procedentes de Bretaña, también recogen material de Escocia, Irlanda y otros enclaves célticos, aparte de composiciones propias descaradamente eclécticas. Tercero, ellos utilizan instrumentos tradicionales como la bombardina, el violín, el salterio o la mandolina, pero los conjugan alegremente con las guitarras eléctricas, el bajo o la batería sin temor a internarse en terrenos del "rock"

llantes intentos sin solución de continuidad (el "Paisaje, camino y canción", de los desaparecidos Euterpe, partes del "Con viento fresco", de Julia León; algunas cosas de La Rondalla de la Costa). Frente a la seca y polvorienta presentación del folklore por parte de nuestros ilustres puristas o las banales "modernizaciones" de tantos grupos mixtos a lo Nuestro Pequeño Mundo, Gwendal ofrecen una música accesible y vagamente familiar, tocada con entusiasmo e irreverencia, con oportunidades para la expresión personal de los instrumentistas, pero que nunca traiciona al espíritu de la fiesta. El fulgor de los solistas y lo irresistible de los ritmos deslumbra



El grupo francés Gwendal.

—a veces hasta extremos peligrosos, como recordarán los asistentes a sus últimos conciertos en el Colegio Mayor San Juan Evangelista madrileño— los locales donde actúan y lo hacen sin ayuda del aparato publicitario usualmente considerado como indispensable para lanzar a un grupo desconocido.

En Francia, su país de origen, Gwendal no son muy populares. Creo que se trata de una situación derivada de la dificultad para encajarles en alguno de los nichos habituales. Pathé Marconi les colgó la etiqueta de "folk bretón" que pronto se reveló

o el "jazz". Gwendal no ponen las cosas fáciles a los hombres del "marketing" y la promoción.

Gwendal acompañaron al cantante vasco Imanol en su LP "Lau haizetara" y desde entonces han actuado regularmente por estas tierras. Su éxito puede parecer insólito, pero está justificado. En España, todavía no se han aprovechado las inmensas posibilidades del folklore remodelado de acuerdo con la sensibilidad de nuestro tiempo. Los ejemplos de Fairport Convention en Inglaterra y Alan Stivell en Francia no tienen paralelo aquí, aunque haya habido algunos bri-

a los espectadores, que ni saben ni se preocupan de que aquella es una pieza recogida por un investigador de finales del XIX en una fiesta campesina de no sé que región lejana. Se baila, se goza, se siente unido con el resto del género humano: ese es el efecto de Gwendal.

Obviamente, no hay nada milagroso en tales escenas. La música de los aragoneses Chicotén o de los gallegos Milladoiro es tan rica, tan flexible, tan sugerente como la de Gwendal. La diferencia estriba en que los bretones no se consideran primariamente como responsables de la supervi-